

Presencia Árabe en Chile

Eugenio Chabuán

Hay siempre un intento de llamarnos y sentirnos hijos de nuestro tiempo, como si éste, el que sentimos de nosotros, existiera desligado de aquel que nos dio origen, al que entramos abriendo las puertas de la conquista, de la emigración árabe a Chile y del Centro de Estudios Arabes, último reducto, maqueta en lo intelectual y espiritual de una última Granada, sin Alhambra, sin jardines ni torres de oro. Pero, ¿qué es el Centro de Estudios Arabes y qué representa en la realidad nacional y universitaria?

Fue fundado el 26 de septiembre de 1965, gracias a la abnegada y visionaria labor del Comité Unido de Damas Arabes, quien donó el edificio a la Universidad de Chile, construyéndose éste en 1966 en los terrenos de la ex Facultad de Filosofía y Educación. Fue así como bajo el alero protector de dicha Universidad se comenzó el estudio científico de los diversos aspectos de la lengua y de la civilización de los árabes, contándose desde la creación de este organismo con la valiosa y constante colaboración de la República Árabe de Egipto, la cual, en este intento de unión y reencuentro, ha enviado a este Centro profesores del más alto nivel académico.

El Centro de Estudios Arabes se alza en un rincón del ex Campus Macul, de cara al oriente, como un sector olvidado de estudios en este Chile, último alféizar del mundo, de los emigrantes árabes, de su perpetua nostalgia. Irrumpe como una última noche de las mil que ha sobrellevado la historia de un pueblo, el cual ha venido a echar sus raíces últimas en esta tierra.

Todavía este Centro, que fue el primero de rango universitario latinoamericano, conserva su carácter de institución débil y modesta, pero no es menos verdad que, aunque sea sólo una chispa, es capaz de encender con su comprensión y trabajo una hoguera transformadora del ambiente académico-intelectual, que suele ser nacionalista en su servicio a la sociedad chilena y humanista en su apertura universal a través

A raíz de la Guerra del Pacífico pudo comprobar el Gobierno de Chile que su ejército, a pesar de ser vencedor aun en condiciones muy desiguales, adolecía de varios defectos. Hacía falta una modernización en cuanto a sus armas, a su táctica y a sus métodos de instrucción.

En el deseo de corregir estas fallas se volvieron las miradas de los gobernantes hacia el extranjero, donde se podría contratar a los instructores que hacían falta para esta reforma. Se pensó que la tradición del ejército prusiano, con su disciplina y su prestigio, era suficiente garantía de la idoneidad de los oficiales que pudieran ser contratados para venir a Chile.

El primer oficial contratado en Alemania para servir en el ejército chileno fue el capitán Emilio Körner, llegado en 1885. Todavía joven tenía ya una hoja de servicios brillante y había sido compañero de estudios de Paul von Hindenburg, quien posteriormente llegaría a ser General en Jefe de los Ejércitos Alemanes y más tarde Presidente de la República de Weimar.

Körner comenzó su tarea en Chile como profesor de la recién fundada Academia de Guerra y fue Subdirector de la Escuela Militar.

Después de la Revolución de 1891, en la cual Körner participó en contra del Presidente Balmaceda, se lo ascendió a general y fue durante veinte años Jefe del Estado Mayor del Ejército de Chile, la más alta autoridad dentro de esta institución.

En 1895 contrató el gobierno cuarenta oficiales alemanes para el servicio activo, y también para ejercer la docencia en las instituciones militares.

Por otro lado, se envió a trescientos oficiales chilenos, entre ellos a algunos del Estado Mayor, por dos o más años a Alemania, a estudiar allá en instituciones militares o a servir en distintos regimientos.

Es por eso que no puede sorprendernos el hecho de que haya penetrado en nuestro ejército el espíritu alemán, y que su material, su estructuración, su reglamentación y hasta sus uniformes, se hayan parecido por largo tiempo, e incluso conserven hoy día, en la disciplina y atuendos, similitudes con los de la patria de sus instructores.

El general Körner regresó a su patria después de largos años de servicios. Allí lo sorprendió la Primera Guerra Mundial y murió en 1919. Sus compañeros de armas y sus discípulos hicieron traer sus restos a Chile, donde fue enterrado con todos los honores que merecía por su rango y sus méritos, rodeado del cariño de la ciudadanía.

Otros destacados oficiales alemanes que trabajaron por la instrucción dentro de las filas del ejército fueron el Teniente Coronel Erich Herrmann, el Coronel Víctor von Hartrott y el General Hans von Kiesling.

*“En el tiempo del reto
los himnos son mis manos”.*

Se trata de sacar de las entrañas del olvido, lazos, valores, o insinuar soluciones a problemas científicos para historiadores, sociólogos, antropólogos, o investigadores literarios.

Queremos cumplir un deseo: reencontrarnos en este nuestro Chile, de altos cóndores y altiva cordillera; nuestro trabajo pretende tender este puente, tal vez para empezar de *Andalus*, si es que fuere necesario un punto de referencia, pero la verdad, es que se trata de una historia vieja en la que las almas se han amado, fundido y comprometido. Como siempre, son los poetas los que mejor expresan este sentido, este arraigo de lo propio en lo nuevo, de lo antiguo en lo moderno, de lo mío en lo tuyo; es el reencuentro lo que le ocurre al árabe en España, en América, en Chile; las tradiciones se reconocen, hay un inconsciente colectivo latente, y, por último, el alma, el espíritu, los anhelos y los sueños subyacen en todas las huellas del vivir.

Un poeta árabe contemporáneo, Kabbani, citado por Pedro Montavez, entrega en sus versos esta doble vertiente en que situamos el reencuentro:

*“Por las calles de Córdoba,
a menudo,
me he metido la mano en el bolsillo
para sacar la llave de mi casa
en Damasco . . .
Las aldabas de cobre de las puertas . . .
Las macetas de dalias y de lilas
las albercas del centro,
como la azul pupila de la casa . . .
Los jazmines que trepan a la alcoba
y nos caen por encima de los hombros . . .
La fuente, que es la niña mimada de la casa,
y canta sin descanso . . .
Y arriba, las alcobas,
¡Oh, qué gratos refugios de frescor! . . .
Todo,
todo el mundo dichoso y perfumado
que rodeó mi infancia de Damasco,
me lo he encontrado aquí”.*

Benedicto Chuaqui revive su aldea de Homs, la cual se alza, clara, nítida, y acude a través de su imaginación a este reencuentro. Esto hace

al alma de los emigrantes latir, sentir, y vivir a sus anchas en todo Chile, porque su trabajo está hecho con paciencia y con amor, y es esta actitud la que constituye el honor y la recompensa de tantos árabes afincados en cualquier país del mundo, y que en palabras del poeta árabe libanés Gibrán Jalil Gibrán, se expresaría así: “Siempre que llego a beber en una fuente hallo sedientas a las vivificantes aguas, y ellas me beben al mismo tiempo que trato de saciarme en su linfa”. (p. 143).

Es bien conocida la obra de Américo Castro *ESPAÑA EN SU HISTORIA*. Con magistrales rasgos, traza los perfiles de este vivir. Queremos referirnos a un fragmento mediante el cual el autor expresa que: “hay una expresión alcoránica que corre por el lenguaje usual, y seguramente encontrará otras quien coteje atentamente el libro santo del Islam con los muchos millares de dichos y proverbios españoles. Se dice de alguien que “es un burro cargado de ciencia” para expresar que por mucho que sepa, su valor intelectual y humano es mínimo. Una vez más se refleja aquí el afán de “integración”, el ideal de coincidencia entre el existir y el hacer de la persona, lo de dentro y lo de fuera. En el siglo XVII, escribe Alonso Núñez de Castro: “Lo confirmaron en Madrid asno cargado de letras”. El diccionario define “burro o asno cargado de letras”, ¡erudito de cortos alcances! No se ve justificación para tan extravagante metáfora, ni cómo una realidad inmaterial (letras o ciencias) pueda colocarse sobre la tosca y tangible materialidad de un asno. Mas si vamos a la zona arcaica del idioma, se empieza a ver más claro; en portugués corre la humorada de que “Um burro carregado de livros é um douctor”, y eso ya empieza a adquirir sentido; el cual se esclarece plenamente leyendo el Alcorán (625): “Quienes fueron cargados con la Torah y no la observaron semeja al asno que lleva libros”. Mahoma censura a los judíos por no cumplir los preceptos de la Biblia, no obstante conocerlos; esa incongruencia que rompe la integridad del saber y la conducta se expresa en una imagen que podía tener sentido en donde el burro fuera medio de transporte. Más tarde, en esa metáfora (lanzada por alguien que conocía el texto alcoránico), se sustituyeron los libros por letras o ciencias, y quedó así convertida en algo poco inteligible” (p. 78).

“Con esto terminaremos, por ahora, el análisis de la influencia árabe en el idioma, interesante como índice de un estilo de vida más que como investigación lingüística. No se trata, por consiguiente, de acumular curiosidades anecdóticas, sino de contemplar el nacimiento de ciertas expresiones como un medio para intentar construir una silueta histórica. No es el hecho, sino lo que el hecho revela, el aspecto que se pretende subrayar; los fenómenos podrían ser esos u otros, y se han agrupado unos cuantos solos para hacer ver que no es un azar esporádico y sí un modo de expresión inserto en una contextura de vida” (ibid., pp. 78-79).

“Nada más elocuente que el idioma”, nos dice Américo Castro en otros párrafos, destacando los millares de vocablos árabes que andan en nuestra boca y surgen de los hondones de nuestro espíritu. Bastaría algo tan simple como abrir el diccionario, para que desde el espejo de los “aljibes” veamos reflejados un “alcázar” con sus “azulejos”, frescas “baldosas”, amplias “alcobas”, “azoteas” y “alféizares” para asomarse a los “barrios” y “arrabales”. Y a los “Ojos del Guadiana” (del calco Ayn — ojo de agua significa percibir y vivir íntimamente el manantial como si fuere un ojo) que dan “sombra” y “tienen sombra” cuando “corre” entre los “naranjos” y los “limoneros” (ibid., p. 61).

La cultura hispana está tan inserta en la nuestra que en el lenguaje cotidiano solemos recurrir a palabras árabes, en los momentos más trascendentes e íntimos de nuestra vida. A Dios le hablamos en árabe: *Ojalá*, y al cantar nuestras penas y alegrías lo hacemos en compañía de una *guitarra*; celebramos un alegre encuentro con un asombrado *hola*; al dormir, reposamos nuestra cabeza en el blanco *algodón* de las *almohadas*, y *jazmines* y *alhelies* despiden nuestro *ataúd* al emprender el viaje.

Pero como el mismo Américo Castro lo señala: “De lo que sabemos resulta que no basta con decir que los cristianos introdujeron nombres de cosas, o sufrieron “influencias”, porque lo que esas palabras descubren es el espacio que en la vida cristiana ocupaban las actividades, y no sólo las cosas, de la gente musulmana: se trata de la proyección de un cierto tipo de vida para el cual eran importantes el cultivo y el culto de la tierra madre, la apetencia de placeres físicos y estéticos, y el ejercicio de la guerra . . .” (ibid., p. 64).

Es interesante destacar que durante el período del Califato, las relaciones que los reinos de la mal denominada reconquista mantuvieron con el mundo musulmán fueron extraordinariamente plácidas, y si esto no se conoce es porque la historia de este período ha estado dominada por las fuentes cristianas. Hoy, las traducciones de algunas fuentes árabes, como los ANALES PALATINOS de Al-Hakam II, son un claro ejemplo de esa tranquilidad y espíritu de colaboración entre cristianos y musulmanes hispanos.

Las relaciones entre *al-Andalus* y los reinos visigodos que iniciaron la reconquista, falseadas por las fuentes cristianas, se basaron, en relación con estos últimos, en la utilización de la sociocultura de aquél. Como testimonio de esto, Miguel Cruz Hernández anota: “Los régulos cristianos usarán arquitectos árabes para sus palacios e iglesias, y se vestirán con ropas árabes. De *al-Andalus* saldrán los agricultores, hortelanos, mercaderes, caldereros, herreros, alpargateros, albañiles, jaboneros, arrieros. De aquí que las 7.000 palabras de origen árabe o arabizadas del vocabulario español, las más de ellas proceden de la nómina de la agricul-

tura, del canto, de la danza, de los edificios, jardines, juegos de cortesía, mercados, oficios, pesos, medidas y monedas, etc.”. (p. 323).

La inmediata aceptación del sistema numeral árabe o árabe-hindú, la adopción de los métodos de fabricación del vidrio y del papel, el aprendizaje de la técnica del modelado del marfil, el uso de los damascos orientales, la aceptación de la medicina y la farmacopea árabes y las tempranas traducciones al latín de obras filosófico-científicas, nos hablan del deslumbramiento que la cultura musulmana, importada del Oriente y también desarrollada en suelo hispano, produjo en los hispano-cristianos. Y aun podríamos citar, para comprender las relaciones mutuas, un modesto influjo del mundo cristiano en el musulmán, a través de algunas traducciones del latín al árabe y, ¡cómo no nombrarlo!, del famoso *Calendario de Córdoba*.

Ernst Robert Curtius en su obra LITERATURA EUROPEA Y EDAD MEDIA LATINA, capítulo XVI del tomo I, *El libro como símbolo*, nos hace ver que sólo Goethe —que él sepa— se ha ocupado de la metáfora y de uno de sus aspectos más reveladores apenas estudiados por la ciencia literaria: La escritura y el libro” (p. 423).

“Uno de los temas en torno a los cuales giró constantemente el pensamiento del viejo Goethe —nos dice Curtius— es la expresión metafórica; con el lenguaje retórico de las escuelas, familiar todavía para Goethe, la metáfora recibe el nombre de “tropo”, término que Goethe emplea a menudo. Goethe sintió la apremiante necesidad de estudiar las características del “lenguaje metafórico” poético cuando se ocupó de la poesía oriental. En sus NOTEN UND ABHANDLUNGEN sobre el *Diván*, leemos bajo la rúbrica ELEMENTOS ARCAICOS DE LA POESÍA ORIENTAL: (ibid., p. 479).

“En la lengua árabe encontraremos pocas palabras primitivas y racionales que —si no directamente, por lo menos con muy escasas transformaciones— no se refieran al camello, al caballo o a la oveja. Esta primerísima expresión de la naturaleza y de la vida no puede recibir siquiera el calificativo de “trópica”. Todo lo que el hombre expresa natural y espontáneamente se relaciona con su vida, y el árabe está asociado de manera tan íntima con el camello y con el caballo, como el cuerpo con el alma; nada puede ocurrirle que no afecte asimismo a esos animales, ligando estrechamente su ser y su actuar con el suyo propio. Si a ellos añadimos otros animales, domésticos y salvajes, que el beduino nómada está viendo a cada paso, podremos observar que éstos también aparecen en todas las situaciones de la vida. Si seguimos adelante y contemplamos todas las demás cosas visibles —montaña y desierto, peñascos y llanuras, árboles, hierbas, flores, río y mar y el estrellado firmamento—, veremos que todas las cosas hacen pensar al oriental en todo, de manera que, habituado a relacionar y concatenar los objetos más lejanos, no vacila en aprovechar la más ligera inflexión de letras o sílabas para deri-

var, unos de otros, conceptos contradictorios. Aquí vemos que el lenguaje es, de suyo, productivo; lo es para la retórica, por cuanto ayuda al pensamiento, y para la poesía, por cuanto estimula la imaginación. Quien comenzara por reconocer los primeros tropos arcaicos indispensables y pasara después a que son algo más libres y osados, hasta llegar a los más audaces y caprichosos, y finalmente a los torpes, convencionales e insulsos, lograría una visión de conjunto de los principales aspectos de la poesía oriental” (ibid., pp. 423-424).

La presencia latente del arabismo aflora en distintas épocas, brillando con renovado esplendor, haciendo del pasado árabe hispánico un presente continuo. Recordemos el POEMA DE MÍO CID, en el cual abundan los arabismos y en el que Rodrigo Díaz de Vivar recibe el nombre de héroe árabe *Sayidi* mi señor, o Mío Cid. Rodrigo también recibe el apodo guerrero dignificador: Campeador, que coincidentemente significa lo mismo que *Galib* (vencedor de batallas), con que los árabes adjetivaron a sus seres en las epopeyas, con el cual es conocido el primer caballero del Islam, Ali Ibnu Abi Tapib.

Sin lugar a dudas que el juglar anónimo mozárabe, que hipotéticamente escribió el Poema en Medinaceli —del árabe madina salim, la ciudad de Selim— y que al terminar el canto dice: “ésta son las nuevas del Mío Cid”, con la acepción de “nuevas” como suceso, novedad, del árabe, fadit, hablaba la lengua árabe o, al menos, era conocedor de la tradición épica árabe.

La relación cultural entre lo chileno y lo árabe rara vez ha sido objeto de una atención sistemática, ya sea a través de la herencia del conquistador español o de la emigración árabe a Chile a fines del siglo XIX y principios del XX, de su significado socioeconómico, de su distribución en Chile, de sus organizaciones religiosas, culturales y deportivas, de sus patrones familiares y de su integración a la sociedad nacional.

La presencia cultural árabe en Chile llega a través de los conquistadores hispanos, quienes en el momento de pisar suelo de América en 1492, llevaban cerca de 800 años de convivencia con lo árabe; así, los soldados de la conquista traían en su cultura el influjo indudable de los árabes.

Durante los siglos de permanencia de los árabes en España surgen fenómenos culturales entre los dos grupos humanos, que provocan el traspaso de una serie de pautas conductuales a los futuros conquistadores de América apreciables en nuestro país, y no tan sólo la cultura, sino también la sangre de éstos va a poseer elementos árabes resultantes del entrecruzamiento de estirpes propias de una convivencia por más de cuarenta generaciones biológicas. Más aún, en el caso de nuestro país, donde un 33% de los hispanos que llegan a Chile provienen de Andalucía, tierra que fue el último bastión árabe, región de la península que constituye el centro esencial de todos los contactos entre lo árabe y lo hispano.

La presencia andaluza en Chile como el núcleo hispano más numeroso que llega a nuestro país, implica un aporte cultural árabe, cuyos elementos se han constituido en parte de nuestra tradición, con rasgos culturales que han persistido en el tiempo brillando con el mismo esplendor que en su lugar de origen. El historiador inglés Byng en su obra *EL MUNDO DE LOS ÁRABES*, señala al respecto: "Por intermedio de los conquistadores muchos rasgos de la civilización musulmana fueron introducidos en América..." (p. 171).

Alberto Cabero, en su obra *CHILE Y LOS CHILENOS*, señala: "Y en el pueblo, explicaría asimismo su audacia y valor sin lógica, su despreocupación y desprecio por la vida, su fantasía despierta, su viveza de expresión, su seducción por la palabra sonora, su placer por la jarana, su generosidad sin tasa, su perpetua inquietud que le incita a buscar la discordia y a refocilarse de la pendencia en plena paz, cualidades todas de origen andaluz", como son del mismo origen el baile popular, la cueca, la manta y la chupalla en los hombres y el manto en las mujeres, que corresponden, respectivamente, a la capa jerezana, al sombrero cordobés y al traje de viuda andaluza" (p. 100).

Herencia árabe traída por los conquistadores en su sangre, en sus rostros moriscos, en sus nombres: Alcazaba, Almagro, Alderete, etc., y la cual podemos comprobar en su vestimenta y atuendo del huaso chileno, en la ornamentación de sus estribos y espuelas pletóricas de arabescos, en su forma de cabalgar a la jineta, en sus juegos y alegrías, en el romance español conocido con el nombre de *corrido*, al igual que en el *Andaluz*.

Una curiosa *jarcha* de la última estrofa de una *muwashaha* del cancionero árabe popular del siglo IX, que se encuentra en la compilación y restauración realizada por el profesor Sayed Ghazi, en su obra *DIVÁN DE MUWASHAHAS ANDALUZAS*, nos presenta el cuadro plástico coreográfico del hombre y la mujer en la *cueca*. La mencionada *jarcha* puede ser el inicio documental y musical de nuestro baile nacional:

*Quando puso la camisa de la belleza como escudo
quise besar su apetitosa boquita,
entonces empezó a actuar la poesía orgullosamente
e inclinó estremeciéndose con las más dulces palabras*

(*Jarcha*): Yo le dije a él Cueca
por Dios, por qué no vienes a saborear (p. 105).

La importancia de esta *jarcha* árabe consiste en ser parte de un conjunto de cantos y bailes populares, lo que nos haría suponer el origen árabe-andaluz de la *cueca*. Al respecto cabe señalar que la etimología de la palabra *cueca* nos indicaría la posibilidad de un origen árabe de este bai-

le: cueca, zamacueca y su viable conexión con el término árabe *sama-kuko*: malicioso, embriaguez, hombre torpe y rudo, nombre derivado del verbo árabe *Kauca*, que señala la acción seductora que realiza el gallo para conquistar a la gallina, que, coincidentemente, conllevaría el simbolismo de la *cueca*.

En relación con el origen árabe de nuestro baile nacional, está a punto de publicarse un interesante estudio realizado por el musicólogo Samuel Claro, quien compara la métrica de la *muwashaha* con la de nuestra cueca y que estudiando la forma de cantar y su coreografía ha llegado a sorprendentes conclusiones, las cuales se expresarán en un estudio con la participación de académicos del Centro de Estudios Arabes.

Otra muestra de la impronta de la cultura árabe en la nuestra lo constituye una gran variedad de juegos ecuestres practicados en la colonia, como lo son el correr la sortija, las cañas, el juego de los patos, las carreras, y muchas derivaciones de éstos, magníficamente descritos en la obra de don Eugenio Pereira Salas *JUEGOS Y ALEGRÍAS COLONIALES EN CHILE*.

Nuestras ciudades, con sus arrabales, fueron proyectadas por *alarifés*, construidas en adobes por *albañiles*; nuestras introvertidas casas con sus *zaguanes*, *alcobas*, *azoteas*, *baldosas* y *azulejerías*, que guardan con recelo la vida familiar, perfumadas con *azahares*, *alhelies*, *jazmines* y *azucenas*. También expresiones como: *a sus pies*, *ésta es su casa*, *Dios la guarde*, ponen de manifiesto la existencia nuclear del arabismo en nuestra cultura.

La presencia de lo árabe en Chile no es sólo vestigio del pasado, herencia de lo hispano-árabe, de los moriscos que llegaron en las expediciones españolas, como el capitán Alvaro Mezquita, quien condujo la nave *San Antonio* en la expedición de don Hernando de Magallanes, que llega el 21 de octubre de 1520 al estrecho, y que es quizás el primer extranjero en ver tierra chilena, sino que se hace presente y futuro a través de la emigración árabe a fines del siglo pasado y primera mitad del siglo XX, como una renovación de sangre y cultura.

El hombre hecho a su circunstancia, es lo que le ocurre al árabe en tierras americanas, es el transplantado que siente y vive su situación y por ello sus virtudes se revitalizan y adquieren nuevos bríos y es así como aparecen, entre otros, el Centro de Estudios Arabes, los Colegios Arabes, el Instituto Chileno-Arabe de Cultura, las iglesias ortodoxas, el Estadio Palestino, el Estadio Sirio, el Círculo Libanés, las industrias textiles, las policlínicas, obras de arte pictóricas, literarias, arquitectónicas, revelando lo arábigo-español, inserto en trances y recodos del vivir nacional, y que no puede plantearse como un aporte o presencia extranjera.

La adaptación gradual, aunque generalmente rápida de los árabes al medio ambiente criollo, sólo puede explicarse por las semejanzas de

estilos de vida. El árabe que se establece en Chile, no lo hace en calidad de emigrante exótico, sino que puede considerar su nuevo hogar como propio ya que en nuestro país encontrará profundas raíces arábigas.

En un mensaje transmitido por radio, al celebrarse el día de la raza en nuestro país, en un programa de la colectividad árabe en el año 1950, se expresa este sentimiento de reencuentro. "...el nuevo mundo nos abrió sus brazos para recibirnos en su seno. Hasta estas tierras ubérrimas hemos llegado para levantar nuestros hogares; es que esta tierra es la prolongación de España, y al pisarla, parece que volviéramos al viejo solar de nuestros antepasados".

Benedicto Chuaqui, en el prólogo de la GUÍA SOCIAL DE LA COLECTIVIDAD ARABE EN CHILE, publicada en el año 1941, señala: "...los árabes en Chile han logrado inocular no sólo su espíritu en el alma de la propia chilenidad, sino que por medio del sentimiento del amor, se han unido en la sangre aportando, de esta manera, una fuerte contribución vital a la raza de este país, en cuyo pueblo palpita, seguramente, la herencia humana de las huestes que, hace más de un milenio, condujera victoriosas el genio guerrero de Tarik, para dejar en tierra ibérica la huella de su arte y de su sangre" (p. 6).

La presencia nuclear del arabismo en Hispanoamérica se revitaliza con la llegada de millones de árabes y sus descendientes, que adoptan a los países americanos como su patria, y en nuestro país a través de los varios miles de árabes que se distribuyen a lo largo y ancho de Chile. Es difícil encontrar un pueblo de Chile donde no viva una familia chileno-árabe; tenemos el *falte* de nuestros campos, apodo dado a los emigrantes que cumplen una función económica ambulatoria llevando sus mercaderías a los rincones del país. El *turco* de nuestro barrio, mote dado en general a los emigrantes, ya que éstos, al ingresar a nuestro país, portaban pasaportes turcos debido a que sus países estaban bajo la hegemonía del Imperio Otomano. Es el pueblo de las mil y una noches, de Ibn Arabi, de Ibn Tufail, de Ibn Jaldun, Alfarabi, Gibrán Jalil Gibrán, Taha Hussein, Gassan Kanafani, es el hombre de la tierra, del Nilo y las pirámides, del Jordán y del Nazareno, de los jardines colgantes de Babilonia, de Hammurabi, del desierto y del Profeta Muhammad. Es el pastor bíblico, el profeta, el científico.

Es el hombre que llega a Chile, reactualizando con su vida esta cercanía espiritual arábigo-hispana. En sus nombres revive a los Benavides, Alvarez, Almeyda, Aliaga, Vargas, Cid, Benavente y tantos otros surgidos en el *Andalus*, transformando, en la actualidad, Yamil, en Emilio; Farid, en Alfredo; Issa, en Salvador; Habib, en Amador. Es el surgimiento de los apellidos García, Díaz, Campos, Flores, Pinto, Pizarro, Sabella, Guerra, Martínez; traducciones o adaptaciones de apellidos árabes.

La emigración árabe a Chile comenzó a fines del siglo XIX, llegando los primeros emigrantes al país en el año 1854, provenientes principalmente de las regiones árabes de Palestina, Siria y el Líbano. Desde el año 1860 a 1900, salen aproximadamente 600 mil emigrantes de las costas del Líbano y Palestina, sin contar con las salidas clandestinas y los embarques por los puertos egipcios. Desde el año 1900 al 1914, la emigración aumenta significativamente, calculándose que sale más de un millón de personas del Levante Árabe, debido a la agudización de la crisis política en la zona.

En los primeros años el flujo migratorio se dirige hacia Norteamérica, desviándose éste a fines del siglo XIX a Iberoamérica, terminando por predominar la emigración árabe hacia ese sector del continente. Se destacan principalmente por su número las colectividades árabes de Brasil y Argentina.

La situación explosiva en aquella región del mundo árabe actúa como causa fundamental del proceso migratorio, a su vez resultante de la cuña turca que trata de implantar el Imperio Otomano en Siria, Palestina y el Líbano, después de perder su dominio balcánico a principios del siglo XIX.

Sin embargo, después de concluida la Primera Guerra Mundial y como consecuencia de ésta, destruido el Imperio Otomano, la paz de Versalles, lejos de emancipar a los países árabes del Cercano Oriente, los reparte a través de mandatos entre las potencias europeas, provocándose una gran frustración en el pueblo árabe que lucha durante la primera guerra contra los turcos para lograr sus aspiraciones nacionales, hecho que mantiene latentes las causas expulsivas del proceso migratorio.

Entre los años 1920 y 1946 los países árabes de Siria y el Líbano logran su independencia y disminuye su flujo migratorio. Sin embargo, la situación bélica que se ha mantenido en el Medio Oriente ha contribuido a mantener una corriente migratoria de esta región, de ostensible repercusión en Chile, país donde se encuentra la colectividad palestina más numerosa fuera del mundo árabe.

La ruta seguida por los emigrantes árabes a nuestro país se inicia en los puertos de Beirut, Haifa y Alejandría, pasando por Marsella o Génova hasta llegar a nuestro continente por Buenos Aires, prosiguiendo su camino atravesando la cordillera de los Andes a lomo de mula y posteriormente en el ferrocarril trasandino. Una descripción de esta epopeya, como asimismo una descripción de los lugares de orígenes de los emigrantes árabes, la encontramos en las obras MEMORIAS DE UN EMIGRANTE, de Benedicto Chuaqui; LOS TURCOS, de Roberto Sarah, y LA ALDEA BLANCA, de José Auil, entre otras.

¡Cuánto tiempo ha pasado desde que los primeros emigrantes dejaron su tierra y vinieron a vivir a América a realizar aquí su proyecto

vital! Y lo decisivo fue el encuentro. En tierras de América se consolidó este tiempo humano, esta conquista de la nueva realidad, en la que poco a poco se fueron transformando otras imágenes del vivir que traían adheridas a sus sueños y que entraron en la realidad de sus vidas hechas del aquí y del ahora.

ABSTRACT

The author of this article first raises the problem of the relevance of the presence of the Arabs in Spain, to consider next some characteristics of their transit to America and in particular, to Chile. He then, offers an overview of the way members of the different groups of Palestinians, Syrians, Lebanese and other Arab nations adapted themselves to Chilean life through a diversity of trades and occupations. His view is that the latter generations of their descendants have been gradually losing certain traditions of their old ancestry.

BIBLIOGRAFÍA

- ABDEL BADI, Lutfi, *La épica árabe y su influencia en la épica castellana*, Instituto Chileno-Arabe de Cultura, Santiago, Chile, 1964.
- AUL HANNA, José, *Aldea Blanca*, Ed. Universitaria, Santiago, Chile, 1977.
- BYNG, Edward, *El Mundo de los Arabes*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1956.
- CABERO, Alberto, *Chile y los chilenos*, Ed. Lyccum, Santiago, Chile, 1948.
- CASTRO, Américo, *España en su historia*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1948.
- CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *Actas de las Jornadas de Cultura Árabe e Islámica*, 1978. Ediciones Instituto Hispano-Arabe de Cultura, Madrid, 1981.
- CURTIS, Ernst, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, 1ª reimpresión, México, 1975.
- CHUAQUI, Benedicto, *Prólogo a la Guía Social de la Colonia Árabe en Chile, Siria, Palestina, Libanesa*, de Mattar, A. Hassan. Ed. Ahues Hermanos, Santiago, 1941.
- CHUAQUI, Benedicto, *Memorias de un Emigrante*, Ed. Nascimento, 2ª edición, Santiago, Chile, 1957.
- GALMES DE FUENTES, Alvaro, *Epica árabe y épica castellana*, Ed. Ariel, España, 1978.
- GHAZI, Sayed, *Diván de Muwashahas Andaluzas*. Ed. Dar Al-Maarif, El Cairo (sin fecha).
- GIBRÁN JALIL, Gibrán, *El Profeta*. Ed. Nascimento, Santiago, 1937. Traducido del árabe por Moisés Musa.
- GONZÁLEZ PALENCIA, Angel, *Historia de España Musulmana*, Ed. Labor, Barcelona, 1925.
- ISA IBN, Ahmad Al-Razi, *Anales Palatinos del Califa de Córdoba Al-Hajam*, Ed. Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1967.
- LEVI-PROVENCAL, E., *La Civilización Árabe en España*, Espasa-Calpe, Argentina, 1953.
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *España, Eslabón entre la cristiandad y el Islam*, Espasa-Calpe, España, 1956.

- MENGOD, Vicente, *Proyecciones Arabes en la Poesía Castellana*, Instituto Chileno-Arabe de Cultura, Santiago, 1964.
- MONTAVEZ MARTÍNEZ, Pedro, *Exploraciones en Literatura Neoárabe*, Ed. Instituto Hispano-Arabe de Cultura, Madrid, 1977, p. 14.
- PEREIRA SALAS, Eugenio, *Juegos y Alegrías Coloniales en Chile*, Ed. Zig-Zag, Santiago, 1947.
- SARAH, Roberto, *Los Turcos*, Ed. del Pacífico, Santiago, 1961.